

(Traducción en español)

Rocca di Papa, 11.12.1986

¿Quién es el laico para la Iglesia?

Queridísimos:

El año 1986-'87 es importante para el mundo católico, ya que nos estamos preparando para la celebración del Sínodo de los Obispos, que tendrá lugar en otoño, sobre "Vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo a veinte años del Concilio Vaticano II".

Año importante para los laicos católicos, pero también – pienso – para los demás cristianos, en cuyas Iglesias a menudo se ha dado mucha importancia a los laicos.

También nosotros, que queremos ser católicos comprometidos, nos estamos preparando a este Sínodo con la oración, que no tiene que faltar nunca, y con el trabajo que se nos ha pedido.

Pero ¿"quién es el laico"? Es la pregunta que todos se formulan en la Iglesia. ¿Cuál es el modo de identificarlo, de definirlo? Muchos se esfuerzan por dar una respuesta. No se querría, de hecho, definir al laico solamente por aquello que no es: el que no es sacerdote ni religioso. Se querría, en cambio, definir *quién* es.

Es por ello que nosotros queremos dar también una contribución al estudio de este argumento, afirmando algo que puede parecer obvio: el laico es el cristiano. Como tal, es seguidor de Cristo y de su Evangelio. Para esto tiene que vivir plenamente lo que Jesús quiere de él, y trabajar antes que nada para extender el Reino de Dios, para construir la Iglesia. Después, dado que tiene la posibilidad de encontrarse en medio del mundo, llevará allí la luz del Evangelio, iluminando cada cosa.

Ése es el laico para nosotros. Un seguidor de Cristo bien definido, que tiene la doble tarea de construir la Iglesia y de cristianizar el mundo.

Y precisamente es en este tipo de laico en el que todos nosotros, laicos del Movimiento de los Focolares, nos sentimos muy bien reflejados.

Nuestro Movimiento, de hecho, tiene un aspecto más espiritual, - si se puede decir así – en donde se trabaja para que crezca Cristo en nosotros, entre nosotros y entre muchos, y ello significa edificar la Iglesia, y un aspecto más humano, más concreto, donde se trabaja para llevar el espíritu de Cristo a las diferentes expresiones del mundo.

Nos encontramos bien con esta figura de laico, y por ella nos sentimos muy en sintonía con cuanto ha definido al respecto el Concilio Vaticano II.

Nos encontramos bien y este año querríamos vivir cada vez mejor nuestra específica vocación de laicos, para dar, también así, nuestra aportación al Sínodo.

Tratemos de ser verdaderos laicos de la Iglesia, es decir, auténticos seguidores de Cristo.

Estos viven sus Palabras y todo lo que propone la Sagrada Escritura

La Palabra de Vida de este mes es espléndida. Dice: “Acogeos mutuamente, como Cristo os acogió para gloria de Dios” (Rom. 15, 7). Actuando esta Palabra mantendremos sólido el fundamento sobre el cual se edificó nuestra Obra, que es Iglesia.

Llevando a la práctica esta Palabra con otros cristianos, donde nos encontremos trabajando, en las estructuras eclesiales, daremos todavía nuestra contribución específica al desarrollo de la Iglesia.

Realizando después estas palabras en el mundo de la familia y en los distintos ámbitos de la sociedad, pondremos la base más importante para poder conseguir la renovación cristiana de las leyes y las estructuras.

La Palabra de Vida es para todos: laicos, sacerdotes y religiosos. Vivámosla, cada uno en los respectivos campos de acción.

Acojamos a cada hermano como Cristo nos ha acogido.

Él nos ha acogido y nos acoge todos los días y a toda hora cuando recurrimos a Él. Quienquiera que nosotros seamos, pecadores o santos, jóvenes o ancianos, lindos o feos, sanos o enfermos, Él siempre nos acoge a todos. Y estamos tan seguros de su escucha, de su perdón y de su acogida, que ni siquiera por un momento nos pasa por la mente que pueda ser de otra manera.

Hagamos así también nosotros con nuestros hermanos. Que ellos encuentren en nosotros el corazón siempre abierto, siempre dispuesto, siempre acogedor.

Vivamos así. Y que sea para la gloria de Dios.

Chiara Lubich

(Chiara Lubich, *Juntos en camino*, Ciudad Nueva, Buenos Aires 1988, págs. 194-196)